Ludwig: El encierro

Ángel Martín

Beyond the anthills of the dawning of this plague
The Mars Volta

“*Más de 35.000 muertos*” —**estática**— “*Plaga más grande en la historia de…*” —**estática**— “*Llevados a Centro de Contención para un posterior…*” —**estática**— “*Tenemos la obligación de denunciar a los infectados*” —**estática**, **estática** y más **estática**—.

El estéreo fue apagado con la correspondiente alabanza de insultos. Lo hizo un monje de las ondas electromagnéticas. Al menos, parecía un monje por el capirote que, tanto él como su compañero, llevaban.

De cualquier modo, estaban en el medio de la nada. Era ilógico suponer que podrían capturar una frecuencia estable. Este tipo de frecuencias son las que se conocen entre los radioaficionados como “líneas limpias”.

Pero realmente no importaba, la radio solía ser buena compañía para los largos viajes, pero últimamente todos hablaban del mismo tema con una morbosidad sólo tolerable para quienes estaban alejados en absoluto de esa realidad, seguros en sus torres de marfil y sin nada más divertido que hacer que oír estas historias pavorosas. El tema: *La Plaga*; variantes posibles: cómo combatirla, cómo descubrir a un infectado, cómo se puede contraer la enfermedad. A veces las variantes eran sorprendidas por uno que otro corto boletín que informaba sobre una nueva

edificación para atender a los enfermos (CC los llamaban, Centros de Contención) o con un reportaje a alguien infectado y aislado que intentaba conmover, involuntariamente, a través de toses, mocos (síntomas característicos de esta enfermedad) y llantos, relatando su vida tras la infección; el no poder ver a sus seres queridos, el encierro obligatorio, sino perpetuo sumamente extenso.

Ludwig

La fuga de Ludwig había terminado antes de empezar.

Era increíble la velocidad con la que habían actuado los encargados de contener la plaga. Ludwig no podía precisar el momento exacto en que contrajo el virus, de hecho tampoco estaba muy convencido de su existencia.

Cierta parte de su cerebro se mostraba incrédula ante una enfermedad tan flagelante para la humanidad de aquellos tiempos. Creía, auque sólo un poco, que quizás sólo fuese un rumor de las calles que se propagó por los medios. De cualquier manera, lo que ocurrió fue lo siguiente.

Una mañana, después de una noche de juerga con amigos, despertó muy mareado y cubierto de sudor. Corrió al baño, a vomitar, y la cabeza le latía constantemente. El Cejo, su compañero de departamento, lo escuchó y se despertó. No se llevaban muy bien —de hecho habían discutido la noche anterior—, pero El Cejo era atento a los padecimientos ajenos, ya que sufría de una grave hipocondría y su débil sistema inmunológico podría colapsar ante cualquier agente patógeno invasor.

Ludwig escuchó a El Cejo detrás de la puerta, quien tras unos golpecitos, preguntó en un tono mántrico. “¿Te sentís münker?” Ludwig contestó con una arcada, aunque no lo deseaba. “Estás vomitando, ¿seguro no münkeaste anoche?” “No” dijo Ludwig levantando su cabeza del inodoro “No… Es fiebre no más”. “Fiebre y vómitos” repitió El Cejo, parodiando estúpidamente a un médico a punto de

dar un diagnóstico. Luego se alejó rápido, Ludwig pudo oír los pasos desde el baño.

Hubo un breve silencio, pero las náuseas regresaron en cuanto cerró sus ojos para relajarse. Y tras ellas, un vómito espeso y granulado como un dulce de leche bañando un grupo de moscas.

Cerró sus ojos en una mueca de asco, intentó pensar en otra cosa. Lo único que se le vino a la cabeza fue El Cejo obligándolo a inyectarse toda clase de drogas a fin de inmunizar su organismo, con el pretexto de no esparcir el virus por todo el departamento y contagiárselo. Luego Ludwig recordaría la parafernalia acerca de su condición congénita de un organismo débil donde a las bacterias les encantaría hollar para verlo caer. En el mundo Elcejo lo único trascendental era el combate Virus Vs. Sistema Inmunológico.

El Cejo regresó a la puerta, Ludwig oyó sus pasos detenerse. "¿Tenés mareos?" Incapaz de pensar con claridad en el baño movedizo le contestó "Sí". "¿Palpitaciones?" Su cuerpo entero se sacudía por escalofríos y su cabeza, en constante latir, era la única que percibía alguna sensación del mundo real. "¿Estás bien? ¿Te desmayaste?"

El Cejo, inquieto, golpeó la puerta una y otra vez, reclamando la atención de Ludwig, la cual se desdibujaba más con cada golpe.

"Estoy bien" contestó con fuerza, para causar una impresión diferente a la de enfermo grave, pero El Cejo ya no estaba allí.

El timbre había sonado y Ludwig, desde el inodoro, oyó el saludo de El Cejo –"*Ani lo medaver hibrit*"- en la puerta. Un grupo de pasos pesados lo siguieron de regreso a la puerta del baño.

"Ludwig, llamé unos doctores para que te revisen. Por tus síntomas me parece que van a ser necesarios".

Sin tiempo para réplicas, los doctores empujaron a El Cejo y forzaron la puerta. Ludwig los observó desde su posición, llevaban trajes blancos que se adherían a su piel y un barbijo que se extendía en forma de capirote sobre sus cabezas. Uno de ellos llevaba una especie de contador Geiger y lo paseaba por todo el cuarto de baño.

“Del dormitorio al baño 200” Dijo a sus compañeros. “Pero acá hay más de 5.000”.

“Esterilicen todo, revisen al que llamó para ver si no está infectado también”.

El primer doctor salió de la habitación, los dos que quedaron se miraron entre ellos, luego miraron a Ludwig y recitaron en un tono frío “Somos el Control de Epidemias. Su compañero nos alertó sobre su enfermedad. No se alarme, vamos a llevarlo a uno de nuestros centros especiales. Va a recuperarse rápido siempre y cuando usted desee recuperarse. Desde ahora, usted está, no lo olvide, infectado. Centro de Control de Epidemias.”

Empapado en sudor, con la cabeza apoyada sobre la pared y los ojos colgando, la idea de resistirse era inútil. Infectado… Infectado… se repitió Ludwig una y otra vez, mientras lo cubrían con lubricantes de petróleo y lo sacaban de su departamento para subirlo a una impecable camioneta blanca.

Tenía un logotipo en un costado, eran dos serpientes entrecruzadas alrededor de una espada que apuntaba hacia abajo. Ludwig alcanzó a leer “Control de Epidemias”, y más abajo, “Unidad de Contención”. Había una dirección debajo pero no alcanzó a leerla. Con un poco de brusquedad los doctores lo empujaron al interior del vehículo, pero Ludwig se vio obligado a guardar silencio, incapaz de hacer comentarios.

A través de una ventanilla polarizada Ludwig pudo ver la calle y el edificio donde él vivía desvaneciéndose tras de sí. Doblaron en la esquina, hacia las afueras de la ciudad.

Ludwig vio a un muchacho corriendo mientras un oficial de policía efectuaba disparos a quemarropa; vio tumultuosas multitudes apostadas en las esquinas, un vendedor ambulante gritando sus ofertas al aire, un perro con una pata quebrada cruzando la calle… Y en todos los muros disponibles, afiches amarillos con grandes letras rojas que gritaban: EPIDEMIA. Y, a su lado e igual de grande, un dibujo del parásito microscópico que atemorizaba tanto a niños como adultos.

El cuco ya no vivía bajo la cama o en el ropero, había descendido por toda la ciudad y el único seguro que podían ofrecer los padres era un barbijo descartable, pero inútil. Las crisis económicas, el alto índice de desempleo, poco importaban estos hechos para aquellos que veían desaparecer sus esfuerzos en un túnel gris de toses y flema.

Ludwig no sabía mucho más sobre la enfermedad que lo que decía la televisión. Según el aparato, la enfermedad podía ser mortal o al menos crónica, y la única salida: una estadía en uno de los centros especialmente creados para su tratamiento. Hacía dos semanas que la plaga se había desatado, a las pocas horas ya era ley nacional aplicarse todas las vacunas correspondientes quienes estuviesen sanos y la detención en los CC para los enfermos era obligación. El Estado había actuado rápido, gastando millones en prevención y propaganda, y con la ayuda del pueblo todos los infectados fueron rápidamente identificados y reubicados en los CC. Esas eran todas las noticias disponibles para el público y aunque todo el tiempo surgían teorías paranoicas sobre el origen de la enfermedad y su propagación, nadie estaba seguro de nada. Ludwig, tampoco.

De hecho no había tenido muy en cuenta todo ese asunto de la peste hasta el preciso momento en que la camioneta que lo transportaba abandonó la ciudad.

Los campos estaban amarillentos, las cosechas descuidadas y el ganado muerto y disperso en todas direcciones, cubiertos de enormes larvas y moscas verdes cuyo zumbido podía oírse incluso dentro de la camioneta. Ludwig se inquietó por el ruido molesto de esas nubes oscuras de insectos, no sólo se las oía volar sino incluso frotarse sus inmundas patas, posarse sobre un cadáver y derramar su baba sobre la superficie para degradar su alimento.

A través de una pequeña ventana que lo comunicaba con la cabina vio a los doctores intentando silenciar ese zumbido continuo con el estéreo, pero sólo encontraban estática y decidieron apagarla.

En ese silencio zumbante llegaron al CC. Desde afuera se podía notar que hasta no hacía mucho tiempo había sido una cárcel. En ese momento Ludwig comprendió el por qué del aumento de la delincuencia.

Uno de los planes de emergencia del Control de Epidemias era, en un caso como este, declarar Inocentes a todos los reos y ocupar las prisiones con las víctimas de la peste. Ludwig se alegró porque pensó que allí al menos no tendría problemas con la delincuencia. Los doctores lo condujeron hasta una verja eléctrica, la cual cruzó y se cerró detrás de él. Luego regresaron a la camioneta deprisa y la pusieron en marcha. Ludwig miró a su alrededor, vio una única puerta en el extremo del pasillo en que se encontraba. Cruzó el patio gris de cemento, manchado por sangre de algún puntazo que jamás ocurrió, quebrado en algún sitio que nadie nunca pisó, con las moscas aún zumbando a su alrededor.

Entró apresurado, cerrando la puerta tras él. Una secretaria pelirroja con un peinado extremadamente alto lo miró. “¡Oh! ¡Es usted!” Dijo, fingiendo sorpresa.

Ludwig se acercó con una sonrisa, aún cubierto de sudor y temblando. La mujer señaló una puerta a su izquierda. “Vaya por ahí. Es la sala de esterilización.”
Mareado y sujetándose de las paredes Ludwig hizo los pocos pasos que lo conducían hasta la sala, mirando de reojo a la secretaria.
¿Por qué no me ayudará? Se preguntó. Porque es una secretaria de mierda… Se respondió. Porque todo este lugar es una porquería. Ni siquiera enfermeras hay, pusieron a una secretaria.
Y mientras la seguía observando de reojo vio que la secretaria tenía un extraño tumor en su sien derecha, el cual palpitaba rítmicamente pero amenazante, como si en cualquier momento quisiese estallar. Notó también que su oreja había sido extirpada, la cicatriz reciente de un bisturí lo convenció. Desvió la mirada y entró en la sala de esterilización.

Un doctor de aspecto amable lo saludó con un apretón de manos y le indicó una camilla.
”Doctor Sadius” decía una placa en el bolsillo derecho de su guardapolvo.
Ludwig tomó asiento, pensando en lo descuidado que había sido al tratarlo, como si no sufriese mal alguno ni se estuviese exponiendo a los síntomas de la Epidemia. Pero la enfermedad parecía ser un hecho; en cuanto el doctor se dio vuelta Ludwig pudo ver otras protuberancias en la nuca del médico. El hombre giró de inmediato, como queriendo ocultar los tumores. Y Ludwig, para no incomodarlo, desvió la mirada.
Estaba acostado sobre la camilla, el doctor lo conectó a un suero que le hizo olvidar un tiempo el estado febril, pero enseguida sintió un pinchazo en su pierna.
Y no sólo uno.
Y no sólo en su pierna.

Pero como era la zona de mayor sensibilidad en él, fue el lugar donde primero sintió el entrar de una lluvia de agujas por todo su cuerpo.

Todos sus músculos se tensaban mientras sentía los cálidos líquidos internarse lentamente por su torrente sanguíneo. Lanzó un grito.

Observó al doctor a su lado, esbozando una sonrisa aún amable, diciendo “No es para tanto. Es un segundo”.

Pero los segundos se desvanecieron cuando sintió un profundo pinchazo rozando una central nerviosa a la altura de sus costillas que alcanzó incluso al hueso. El dolor lo sacudió en un espasmo. Volvió a gritar y el doctor nuevamente le entregó una sonrisa.

“Es todo”, dijo el médico y lentamente Ludwig se fue levantando de la camilla. Lo había atacado por sorpresa con las inyecciones porque era un sádico, Ludwig notó esto mientras el doctor de pie frente a su escritorio, rellenaba un formulario. Se acercó a él, sus músculos permanecían tensos y tenía cierta dificultad al mover la pierna derecha. Parecía haberse convertido en un trozo de madera.

“No se preocupe, la sensibilidad volverá en unas pocas horas” dijo el doctor mientras le entregaba el formulario que estaba llenando antes junto a una lapicera. “Su firma, por favor”. Ludwig estampó su marca sobre una línea punteada algo desdibujada. Luego el doctor le entregó un camisón blanco y unas alpargatas de plástico verde, le señaló un biombo y Ludwig fue a cambiarse la ropa. Cuando terminó, su atuendo de paciente se ajustaba a su piel perfectamente. Se lo alisó por pura costumbre.

El doctor le entregó un trozo de papel donde había escrito “Piso 12, Ala 2ª, Cuarto 377, Sector Último”.

“Su ubicación”, aclaró el doctor. “Tome el ascensor, es el último piso”.

Aunque su pierna no había mejorado aún, Ludwig notó que su mareo era muy leve y ya no transpiraba.

Pero lo notó luego de agradecer al doctor, cuando ya se había subido al ascensor con destino al piso 12.

Hay momentos en los que la percepción se separa completamente de la conciencia, y los sentidos embriagados por el mundo externo no pueden ser analizados sino tan sólo experimentados. Mientras tanto la conciencia divaga en hipótesis acerca de un hecho X o varios hechos X, lo cual equivale a ningún hecho en particular. En ese preciso estado se encontraba Ludwig tras bajar de la camilla. Y con la pierna derecha endureciéndose más cada segundo. Era involuntario, espasmódico. Bajo el camisón pudo ver el músculo contrayéndose una y otra vez debajo de la piel, como si estuviese ejercitando.

Cuando el ascensor se detuvo debió levantar la pierna para moverse, como si realmente se tratase de una pata de palo.

"La sensibilidad volverá en unas pocas horas". La promesa del doctor Sadius rebotó en su cabeza como un globo ocular en fuga. Salió de la cabina y vio frente a él un cartel verde con letras blancas. "6º PISO".

Volvió al ascensor, convencido de que con su malestar habría apretado el número equivocado. Pulsó sobre el 12 blanco.

La cabina tembló un poco mientras unos motores se ponían en marcha, pero no se movió, sino que sonó un timbre y la puerta se abrió nuevamente en el sexto piso.

"Está averiado hace tiempo" dijo un hombrecito acercándose a Ludwig.

Ludwig lo observó, era un tipo petiso, entrado en carnes y con una mirada triste o aburrida.

"Veo que es nuevo en el barrio" comentó el hombrecito.

"Recién llegado" confirmó Ludwig. El hombrecito se movía con pasos lentos como de sapo, se puso frente a él y le extendió la mano derecha, gorda, rosada y cubierta de pelos.

"Johnny Treshechos" se presentó.
"Ludwig" dijo el otro mientras estrechaba su mano.
"El asunto es así, usted recién llega y sin lugar a dudas está un poco desorientado. ¿Podría decirme hacia dónde se dirige? Me gustaría darle una mano". Johnny Treshechos sonreía. Ludwig le entregó el pedazo de papel sin pensarlo mucho. "Vaya, pero esto sí que está lejos. Me gustaría decirle que está más cerca de lo que piensa, pero no es así. Está a la mitad de los pisos, el ala segunda es siempre la que está a la izquierda, pero el cuarto 377 está al final de estos largos pasillos" y terminó señalando el largo corredor que tenía detrás de sí.
"Pero esto de Sector Último es nuevo para mí. Sepa usted que estoy aquí desde el comienzo de la plaga y todos los sectores que existen aquí son cinco y poseen números, no nombres. Siempre ha sido así, supongo que siempre lo será, aunque deberían confirmármelo ese doctor Sadius y su secretaria si se producen cambios…".
Ludwig guardó silencio durante todo el monólogo, el cual se extendió más de lo necesario, preocupado en mover su pierna hasta el lugar donde podría descansar.
"…Mi relación con el doctor Sadius y su secretaria es de confidentes. Es decir, oficialmente nadie sabe a qué me dedico, pero ellos me contrataron para darle la bienvenida a los nuevos. Cualquier queja de los recién llegados se entrega a la secretaria por mí para implementar mejoras en nuestro precario sistema de salud. Mi tarea además consiste en servirles de guía a los recién llegados como usted para llegar a su destino. Llevo haciendo esta tarea ya veinte años…"

"¿Veinte años?" interrumpió Ludwig de un salto y un poco incrédulo ante su interlocutor. "Hace veinte años esto era una prisión y no existía la plaga".
Johnny Treshechos lo miró con ironía. "Discúlpeme pero usted es un recién llegado, y no sabe nada de nada. No se

atreva a cuestionar mis medidas de tiempo, ya que es lo único que me ha permitido conservar la calma en estos largos años de tratamiento.”

Ludwig guardó silencio mientras Johnny estudiaba la tarjeta con detenimiento a la vez que murmuraba “sector último… sector último” como si se tratase de un conjuro que no causaba ningún efecto.

De repente Johnny se detuvo y clavó una mirada seria a Ludwig.

“¿No piensa ir a su cuarto?” preguntó el hombrecito. “Me encantaría.” Dijo Ludwig concentrado en su pierna. “Bueno. Pero yo no pienso llevarlo” dijo Johnny. “Está bien, tampoco lo deseaba” dijo Ludwig cortante. Johnny se lamentó por la brusquedad de su primer comentario y le pidió disculpas a Ludwig. “Sepa que yo sólo estoy aquí para dar indicaciones. No soy un botones y esto no es un hotel.”

“Está bien, lo entiendo”.

“Pero déjeme ayudarlo, veamos cómo puede llegar usted allí. Ummm… primero podría utilizar el ascensor, el cual realmente está averiado hace tiempo; pero si usted lo desea puede dejarme una queja ahora y yo en el acto se la enviaré a la secretaria, le aseguro que no tardará en venir alguien a reparar el elevador. Por otra parte, si usted no quiere esperar puede continuar por las escaleras a mi derecha, pero le aseguro que la infraestructura no es muy estable con los años, y varias personas han caído ya por huecos que se forman en los peldaños. Además tendría que enfrentarse con los mongómanos, especies de mentirosos compulsivos que se ponen a fabular frente al primer individuo que ven llegar al piso. En última instancia si usted desea llegar podría desmaterializarse y atravesar los espacios de éter para encontrar rápidamente su camino.”

Ludwig lo miró con desconfianza, algo no le agradaba en ese tipo. Gesticulaba exageradamente y sus discursos parecían carecer de todo sentido, o tal vez tenían más de uno. Quizás el encierro le cruzó los cables, pensó Ludwig y

se serenó. Sí, debía ser eso, el tipo estaba trastornado del encierro. Ludwig una vez conoció a un hombre que había estado siete años encerrado en el sótano de la casa de sus padres. Cuando lo conoció, el tipo irradiaba una energía siniestra, como la que emanan ciertas criaturas que viven en lo profundo de la tierra o del mar. También gesticulaba como Johnny, pero su discurso era más vago, como si el trastorno lo hubiese llevado al silencio. Era una especie de retraso el que se gestaba en estas estadías en el encierro, como si el cerebro de repente comenzara a regresar en el tiempo a una etapa primitiva, a la vez que permitiese el crecer del pelo y las uñas en el cuerpo del enfermo.

Pero esta enfermedad no parecía tener nada que ver con la plaga que lo había conducido hasta allí.

Se le ocurrió la idea de que por algún motivo la plaga, el virus de la plaga, corrompía el sistema neurológico y creaba esta enfermedad. Como en ciertos casos agudos de meningitis, o en la fase Terminal de un cáncer, la mente parece desdoblarse del cuerpo y mientras el enfermo dice una sarta de idioteces el cerebro se hace puré dentro del propio cráneo. Tal vez por un intenso calor que precede a la muerte. Tal vez un calor proveniente de las llamas del Infierno, el único Más Allá que existe.

Ludwig abandonó estas cavilaciones y con su pierna tiesa se movió hasta las escaleras.

“Señor, ¿no querrá ayuda con los mongómanos?” Preguntó tímidamente Johnny.

“No creo que sea necesario”. Dijo Ludwig con una sonrisa. “Verá, mi amigo, esto es un hospital y no creo que sea muy desafiante el llegar hasta mi habitación”.

Johnny Treshechos lo miró, ofendido.

“No se enoje, Johnny. Lamento estar de mal humor pero mi pierna me está incomodando y preocupando a la vez”. Johnny observó la pierna de Ludwig por primera vez.

“No se ve bien”. Diagnosticó el hombrecito. “Tal vez sea buena idea que vea a un médico”.

“¿De qué habla? El Doctor Sadius me atendió en la sala de esterilización y esto es un efecto secundario de la droga que utilizó”.

Johnny lo miró con desconfianza.

“¿Droga? Pero si la esterilización no es más que una inmersión en cera caliente en baño maría. Duele mucho, eso es cierto, pero no es ninguna droga. Y mucho menos un motivo para que no pueda mover su pierna”.

Ludwig se quedó en silencio, meditando sobre estas palabras. Johnny podría estar mintiendo, después de todo parecía un caso patológico. La inmersión en cera caliente le pareció una invención propia de una mente delirante.

“Hay tres maneras de sumergir a la gente en cera caliente por su propia voluntad. ¡Siempre las ha habido! Lo más sencillo es aporrearles el cráneo hasta dejarlos inconscientes sobre el suelo, y, una vez así, fácilmente pueden ser esterilizados por una sola persona; dos o más si la persona es corpulenta. La segunda manera es con la amenaza siempre eficaz de un revólver apuntando hacia su zona genital. El individuo, sea del sexo que sea, gemirá que hará cualquier cosa con tal de que no le arrebaten el sexo y acabará sumergiéndose por completo en la cera. Cualquier evolucionista sabe que la pérdida de los genitales es lo el máximo castigo para nuestra especie de homínidos. La última manera, la que me hicieron a mí y la más eficaz en todo sus aspectos, consiste en que un valor muy preciado por el individuo sea puesto sobre la cera caliente. El individuo dará su propia vida por este valor tan preciado que puede ser un televisor, un trofeo, o, en mi caso, un cuadro propio. Thad Beaumont solía afirmar que el mundo gira sobre un palo, pero el ser humano jamás podrá deshacerse de los bienes materiales. Decía que allí mora su última señal de identidad y que estas cosas materiales a las que puede aferrarse son más importantes para uno que las ideas de nación, familia, lealtad o amor.”

Ludwig era incapaz de hacer callar a Johnny, le resultaba molesto, pero lo único que quería hacer ahora era subir por las escaleras y llegar a su habitación. Así lo hizo. Puso un pie sobre un peldaño y comenzó a ascender lentamente. Desgraciadamente, tras de sí continuaba el monólogo, y eso significaba sin lugar a dudas que Johnny Treshechos lo acompañaba.

A duras penas logró llegar al siguiente piso, llevando tras de sí tanto su pierna como a su nuevo amigo. Sin embargo un cartel le interrumpió proseguir. ¡PELIGRO! ¡DERRUMBE! Decía sencillamente imposibilitando el paso. "No te preocupes, hay otra escalera en el otro extremo de este piso". Le dijo Johnny abriéndose paso a través de él y encaminándose por el pasillo del séptimo piso. Ludwig lo siguió con la mirada mientras intentaba medir los riesgos que corría si decidía seguirlo. Como no encontró a nadie con quien discutir sus pensamientos, comenzó a seguirlo con paso firme.

Johnny atravesó una puerta blanca que cubría el pasillo por completo. La puerta rechinó y luego cruzó Ludwig.

"¡Bienvenido al CC!" Anunció Johnny señalando con un ademán el resto de la habitación. El pasillo se había transformado en una amplia sala de estar donde muebles sucios y sofás deshilachados servían de sustento para un numeroso grupo de individuos. Todos estaban pálidos, muy diferentes al tono rosáceo del cutis de Johnny, y hablaban en murmullos, entre toses y flema. Ludwig se asustó, eran los claros síntomas de la peste. Pese a su temor al contagio, mecánicamente estrechó la mano con cordialidad a uno de los allí presentes. Para mayor desagrado de Ludwig, el individuo era un hombre viejo y andrajoso, barbudo y maloliente, vestido con el camisón que incluso Ludwig usaba, pero con un sobretodo encima que le daba un aspecto de vagabundo de las películas.

Pese a que Ludwig se caracterizaba por ser una persona cortés, no pudo evitar hacer una mueca mientras le estrechaba la mano al viejo. El viejo lo correspondió con un guiño irónico, como si hubiese respondido a una alabanza. Lo invitó a sentarse con él, en una mesa de plástico rojo con un agujero en el medio, de espaldas a un televisor cubierto de tierra y telarañas, en el fondo de la habitación.

Todos permanecían pendientes de las imágenes que se reproducían en la pantalla, como zombis viendo esquemas de cerebros, uno tras otro. Ludwig notó que en algunos de ellos un hililllo de baba fluía continuamente de su boca. Sus ojos mongólicos, aunque muertos, estaban clavados en la imagen cambiante.

El viejo, en una silla de mimbre y caña, los señaló con desprecio y dijo a Ludwig “Han elegido la muerte cuando no tenían otra cosa para elegir”. El tono cómplice y un invisible carisma flotaron por la habitación y Ludwig casi olvidó por completo el aspecto mugriento de su interlocutor. Buscó a Johnny distraídamente con la mirada, pero había desaparecido. Lo que había regresado eran las sensaciones en su pierna, la cual si bien no dejaba de latirle, ahora podía moverla un poco. Notó también que tenía un pequeño bulto a la altura de su pantorrilla. Lo palpó con cuidado, sintiendo entre su carne una viscosidad como un quiste que había crecido repentinamente.

“Yo mejor dejaría tranquilo eso” Interrumpió el anciano.

“¿Lo cree?” Preguntó Ludwig irónicamente.

“No me cabe duda”. El anciano le hizo otro guiño. “No me cabe duda que es un mal presagio”.

“¡Maravillosos poderes deductivos!” Exclamó Ludwig, sarcástico. Pero el anciano, que era una persona bastante simple, no notó el comentario cruel de Ludwig y se vanaglorió en lugar de callarse.

“Vea usted” Dijo a Ludwig mientras se revolvía en su silla, inquieto como un niño que ha encontrado público a quien narrarle sus aventuras. “Usted puede notar por mi

vestimenta —me refiero a este sobretodo que conservo de mi vida en el exterior— que no soy lo que se conoce como un tipo afortunado. Sin embargo, como todos en este lugar, usted está dispuesto a escucharme en este momento por motivos más allá de su propia razón. No tengo nada para ofrecer sin embargo y todos quedan pendientes de mis palabras. No es, sin duda, por lo que yo soy —un desafortunado, un miserable, un nadie— sino por lo que yo considero mi posesión más preciada. Esta zapatilla en mi pie derecho."

Y para confirmar sus palabras levantó su pie y lo colocó frente a los ojos de Ludwig.

"Esta zapatilla cautiva la atención de muchos inmediatamente. De ella puedo decirle que es muy calurosa, especial para el clima en el CC, y está hecha —si no me equivoco— con el cuero de alguna fiera desconocida. Pese a todo, no es esto lo que realmente cautiva sino este apéndice sobresaliente cubierto de plumas que se asoma por este lado."

El anciano acarició un montón de plumas que brotaban de la costura de la zapatilla.

"Usted cree que es un mero adorno del fabricante y, si lo examina bien, llegará a creer que es un ala. Pues déjeme corroborar esta última creencia. Este "adorno" es, de hecho, un ala. Ahora está quieta y suele permanecer así en presencia de extraños, por eso es que suele confundírsele con un simple adorno. Sin embargo, cuando camino solo por la azotea de este CC, suele agitarse. No espasmódicamente como si fuese un movimiento inconsciente gestado por sus impulsos nerviosos, sino con plena conciencia de este movimiento. No obstante ha aprendido a obedecerme y golpeando la suela contra el piso, ésta vuelve a su posición estática."

El anciano bajó el pie de la mesa y cruzándose de piernas sobre la silla, con una agilidad que sorprendió a Ludwig,

comenzó a mecer su barba como rememorando un pasado verde pero engrisado por los años.

“No siempre fue así mi relación con ella, ¿sabe? Desde luego que no. Adiestrar a una mascota no es tarea sencilla, pero uno tiene toda la atención de la criatura a través de sus cinco sentidos. Imagínese lo complicado que es adiestrar un ala cuya única conexión con el mundo exterior es a través del tacto.”

Sonrió abiertamente, dejando al descubierto una dentadura amarillo verdosa pero que afortunadamente no era tan asquerosa ya que estaba bastante incompleta. Un hililllo de baba, sin embargo, se le escurrió accidentalmente, y aunque se sonrojó un poco, miró hacia el costado con los labios un tanto más apretados y prosiguió su historia.

“¿De dónde he conseguido entonces esta zapatilla? Permítame recordarle que soy un individuo desgraciado, nacido en la miseria y sin voluntad para forjarme una base sólida de la cual vanagloriarme entre mis semejantes, por lo que no se trata de una herencia. ¿Qué es lo que pasa por su cabeza ahora? ¿La palabra hurto? ¿La palabra robo? Déjeme aclararle que si bien mis raíces carecen de toda ostentación material, soy una persona decente que desde siempre ha decidido optar por lo correcto en la encrucijada continua entre el bien y el mal… Veo que la curiosidad lo carcome.”

El anciano tomó aire y lanzó una risita sorda y socarrona que se extinguió en el aire enrarecido de aquel ambiente.

“No ha sido un regalo tampoco, dada mi condición los únicos regalos que he recibido han sido para salvaguardar mis necesidades más básicas como ser humano; esto es, un poco de comida y un lugar cálido cuando azota el invierno. Sin embargo un invierno me atrapó desprevenido en el medio del campo, allí donde la espesura convierte todo en monte, mientras un temporal de nieve azotaba la región. La noche no tardaría en llegar y la cruel nevada no menguaba sino que parecía descender cada vez con más

ferocidad. Albergaba en mi interior la esperanza de hallar al menos una cueva donde resguardarme de la tempestad o al menos una digna tumba helada, alejado de las multitudes que siempre me han despreciado. Ciertamente no les guardaba rencor, sino que comprendía y hasta aprobaba este trato que tenían para conmigo, después de todo ¿qué responsabilidad tenían ellos, que habían tenido la oportunidad de procurarse un techo y una suculenta comida frente a una estufa a leña donde se reunirían con sus seres queridos para contarse historias harto conocidas entre ellos pero oídas una y otra vez con atención y amor, para conmigo, un mendigo de plaza? Siendo que yo soy el único responsable por mi desdicha, me pareció que el confort de una cueva era el último destino digno para mí."

Su tono se volvió lacónico. A Ludwig no le agradó el continuo lamento del anciano. Pero como la zapatilla realmente le despertaba un interés anormal para ese momento, continuó escuchando sin atreverse a interrumpir con ningún comentario.

"Llevaba horas en el monte, adentrándome más y más, cayendo en la cuenta de que regresar sobre mis pasos sería algo imposible. La nieve continuaba a través del manto verde que me brindaba la espesura y mis huellas sobre el suelo, no tardaban en ser borradas. Estaba perdido, completamente, árboles y follaje blanquecino sustentaban esta falta de orientación en mi camino. No di con ninguna cueva, pero lo cierto es que interrumpí mi búsqueda frente a una pequeña laguna de aguas termales. Abandoné mis gastadas ropas, la calidez me brindó el amparo deseado y me sumergí en ella plenamente reconfortado. La nieve continuaba arreciando pero su frío, si bien dejaba pequeñas escoriaciones en mi piel dada su intensidad, no me producía demasiado dolor; en todo caso me zambullía y permanecía allí un buen tiempo hasta que el calor se hacía insoportable. Se transformó en mi refugio y los pequeños animales que a ella se acercaban se transformaron en

presas que capturaba con paciencia cocodrilesca y ahogaba en unos pocos segundos. La temperatura de las aguas propiciaba que mis víctimas saliesen cocidas y despellejadas, listas para ser devoradas como un manjar. Un día, mientras pacientemente hipnotizaba a una liebre, mi cacería se interrumpió abruptamente con la estrepitosa caída de otro ser en mi hogar. Era un hombre. Profería alaridos y se sacudía en pos del aire y me vi en la obligación de socorrerlo. Lo extraje de la laguna y con suavidad lo deposité sobre la hierba. El hombre se quejaba, sus ropas estaban dañadas, probablemente por la exposición a las aguas tórridas; y su cuerpo, cubierto de llagas rojizas, era una sola llaga.

"— ¿Tú quién eres?— Le pregunté. — ¿Por qué has caído del cielo?

"Sus ojos grises se fijaron en mi rostro.

"—Soy un mensajero. —Me dijo. —He sido traicionado por un grupo de maleantes voladores. Robaron mi posesión más preciada, mi hacha de oro. Me dieron una golpiza y me dejaron caer. Creo que me he roto la pata. ¡Qué fortuna he tenido en mi descenso que caí sobre estas ardientes aguas!

"El mensajero intentó esbozar una sonrisa, pero cesó de respirar. Guardé silencio unos minutos, por puro desconcierto más que por respeto, y elevé mi rostro al cielo, en busca de los maleantes. No vi a nadie, pero descubrí con agrado que el firmamento ya se encontraba azul nuevamente, las nubes oscuras lo habían abandonado para darle paso a la feliz primavera. El repentino brote de unas cuantas ipomoeas a mi alrededor confirmó esta alegre percepción. El cálido aire de la estación joven cubrió mis miembros y una sonrisa floreció en mi rostro. Me acerqué a la laguna, mi querido refugio, pero en cuanto mis pies acariciaron sus aguas un buen trozo de mi piel quedó calcinada y aún conservo la marca, aunque no me agrada andar mostrándola. La temperatura de la laguna se había elevado, al igual que el resto de la vida en la tierra. Me

embargó la tristeza ante la pérdida de este hogar temporal que la providencia me había otorgado, y es que me gustaba mucho. Pero sabía que no tenía más opción que seguir adelante y errabundo. Decidí entonces regresar aquí, a la ciudad. Busqué mis ropas, ya que no podía presentarme ante mis iguales en mi naturaleza, y me vestí. Desafortunadamente mi camisa se encontraba en un estado más deplorable, y, observando el cadáver del mensajero, decidí que él podría prescindir de ciertas prendas, dada su condición. Sus pantalones no estaban mejores que los míos gracias a una mancha de sangre de la extremidad quebrada en la lucha aérea; y llevaba además un extraño sombrero con la estampa de un ala que me pareció innecesariamente ridículo. No obstante, extravié una de mis alpargatas y decidí tomar la única zapatilla que el mensajero no había perdido en su paliza. Me pareció algo incómoda y pequeña, ajustaba mi pie con algo de dolor. Inmediatamente noté el ala a un costado y de nuevo me embargó un sentimiento de ridiculez ante el atuendo del fallecido. Sin embargo, unos segundos después que me calcé, y apenas dados unos pasos, el ala comenzó a sacudirse como si tuviese vida propia y elevó mi cuerpo a una altura considerable. Sentí vértigo. Estaba volando. No pude contener un grito de miedo y excitación. La zapatilla, como consciente de mi sentimiento de peligro, descendió lentamente hasta depositarme, a salvo, en la hierba. Me arremetió el deseo de quitar mi pie de aquel calzado mágico, pero por mucho que lo intenté no lo conseguí. La zapatilla —sospecho que en realidad el ala— no quería desprenderse de mi pie.

“Emprendí mi regreso a la ciudad, pero perdido como estaba no logré más que dar vueltas en círculos sin ubicarme en ningún punto. Pasé días errante, cada tanto sacudido por un nuevo aleteo de la zapatilla, o por sus irrefrenables ansias de volar. En ese entonces descubrí que golpeando la suela contra el piso podía capturar su

atención y calmar sus movimientos. A través de esta falaz recreación de la clave Morse, pude comunicarle mis deseos. Le pedía, ante todo, calma. No tardó en descubrir que mi andar por el monte era producto de mi desorientación y, elevándome a gran altura, condujo mi cuerpo hasta los extremos del monte, donde unas fincas me recordaron de inmediato el camino para regresar a la ciudad. De nuevo entre el asfalto y los edificios, busqué empleo en circos y actos de magia, pero la zapatilla se negaba a esgrimir su magia frente a incrédulos desconocidos. Deduje, no mucho tiempo después, que era tímida. Yo, por mi parte, descubrí que no era apropiado explotar la magia de este regalo caído del cielo. Muy a mi pesar volví a hundirme en la mendicidad. No estoy muy orgulloso de esto, pero es lo que siempre he sido y —por más que usted me califique de pesimista— es lo que siempre seré".

"Muy bien". Dijo Ludwig, impresionado por el relato, pero no contento por saber algo que él consideraba muy importante. "¿Y cuándo le descubrieron la plaga?"
"¿La plaga?" El anciano lo miró desconcertado. "¿Qué plaga, muchacho? ¿Estás mal de la cabeza? En mi historia no mencioné ninguna plaga".
"Por eso mismo. Porque no la mencionó sin embargo usted está aquí, ¿verdad?"
"¿Qué seguridad tengo de mi existencia en este plano, en esta dimensión?" Preguntó el viejo, y remató en tono lastimero. "Yo soy un nadie."
Ludwig desistió, enfadado por el discurso de víctima del anciano y su senilidad engañosa que no supo detectar a tiempo. Así es, senilidad, pensaba Ludwig, mientras se ponía de pie normalmente, su pierna ya estaba flexible como antes. Aún tenía el pequeño bulto y eso le inquietaba un poco, pero sin lugar a dudas debía ser un estadio primario del virus. Debía llegar a su habitación lo antes posible, allí seguramente encontraría una manera de

comunicarse con un doctor o una enfermera, o al menos de descansar unas horas alejado de aquellos extraños lunáticos con quienes tenía la sorpresa de compartir la plaga.

Cruzó la sala de estar, interrumpió un segundo la visión de algunos zombis en su camino y recibió unas miradas penetrantes llenas de muerte y odio, como un perro salvaje al que amenazan con quitarle la comida. Cuando llegó al extremo de la habitación cruzó otra puerta blanca y desvencijada, chirriante igual a la anterior, y se encontró de golpe con Johnny Treshechos.

“Veo que encontraste entretenimiento”. Dijo burlonamente. “Pero apresurémonos, seguramente deseas descansar en tu habitación de una buena vez. Quizás elijas sencillamente cerrar los ojos hasta tener un hermoso sueño, quizás hagas algunos ejercicios respiratorios para entrar en trance y descansar a tu manera, o tal vez desees algunas revistas pornográficas con las que alimentar tus fantasías oníricas. He escuchado que cierta gente ha desarrollado técnicas para controlar sus sueños a voluntad, y así permitirse vivir experiencias que en la vigilia serían incapaces de cumplir. Tal vez cierta gente haga esto por orgullo, o por aburrimiento, o porque simplemente puede hacerlo.”

“Eres un ser insoportable”. Dijo Ludwig cortando esa disertación inútil. Lo apartó de un suave empujón y subió las escaleras una vez más. Apresurado, irritado por el comportamiento extraño e infantil de todos los presentes. No podía ser que nadie hablase de la plaga o que no hubiese información suficiente. No quería pensar en ello, era extraño y perturbador. Se detuvo unos segundos en el descanso de la escalera, a tomar un poco de aire, mientras oía pasos sobre la escalera metálica, allá abajo, confirmando la presencia de Johnny.

“Espérame, impío”.

Ludwig apretó el paso, con la mirada hacia arriba, pero las paredes se elevaban hacia el infinito, el piso 12 le parecía

inalcanzable, y un vértigo repentino se apoderó de él. Se detuvo y se agachó, con una mano en su boca y otra en sus ojos. Debieron ser las inyecciones, que no surtieron el efecto deseado con su fiebre.

Johnny Treshechos estaba delante de él cuando finalmente se puso de pie. Caminaba despacio y susurraba.

“Estamos en el piso de los durmientes. No hagas ruido.”

“¿Los durmientes?” Susurró Ludwig a su compañero.

“Shhhhh...” Johnny lo miró enojado, pero enseguida regresó a su paso lento y torpe. Ludwig lo siguió imitando su andar, intentando no hacer ruido con las alpargatas de plástico sobre las escaleras metálicas. Cuando llegaron al séptimo piso, Ludwig se detuvo a contemplar a través del pasillo. Vio con asombro que no había habitaciones, sino una interminable hilera de camas blancas con pacientes inconscientes. Tal vez en algún estado de coma, supuso Ludwig tras atisbar un pequeño electrocardiograma a un costado. Tal vez…

Johnny Treshechos lo arrastró de regreso hacia las escaleras, de nuevo con el rostro fruncido en una mueca de disgusto. Lo llevó hacia arriba, y en el descanso siguiente se detuvo en seco y clavó sus ojos en Ludwig con toda la seriedad que le era posible.

“Usted es un tipo realmente irresponsable. ¿Por qué no usa la cabeza?”

Ludwig, realmente molesto, siguió avanzando hacia el piso 12 por la misma escalera, sin hacerle caso al hombrecito.

“¡Espéreme!” Decía Johnny Treshechos desde abajo. “¡Tengo que hablarle acerca del piso octavo!”

Ludwig siguió por las escaleras, aún fingiendo no oír al molesto compañero que ya había regresado a su lado. A Ludwig lo sorprendió ver repentinamente tan blanco, como si de caricatura de cerdo se hubiese convertido en el Hombre, ese antagonista de la Pantera Rosa. Claro que le faltaría el bigote. Ludwig se echó unas carcajadas

disimuladas ante esta idea. Johnny Treshechos con bigotes sería una imagen grotesca.
"Quiero que sepas que lo que viste en el piso anterior no es lo que parece". Otra vez con ese tema, pensó Ludwig.
Pero no se quedó a oírlo, sino que siguió con su marcha, aunque tomándose un desvío. Tenía unas terribles ganas de orinar, y se venía aguantando tanto que ya no podía dar un paso más sin sentir que la orina ya se acumulaba en su escroto y amenazaba con hacerle estallar toda su fertilidad.

"¿Hay un baño?" Preguntó Ludwig a Johnny. El hombrecito, contento nuevamente de servir de ayuda, señaló una puerta inmediata del lado derecho. Ludwig la abrió, el olor nauseabundo en el ambiente era denso, pero no estaba en posición de pedir lujos. Era un lugar público y hasta hacía no mucho tiempo ese lugar había sido una cárcel, ¿qué otra cosa mejor se puede pedir? Se le ocurrió que lo más útil habría sido orinar desde las escaleras, todo ese lugar no era muy distinto al baño.
Las paredes descascaradas y malolientes de humedad y hongos no hacían sino acrecentar su mareo, y salió del baño tambaleándose, de nuevo con náuseas y una irrefrenable necesidad de vomitar.
Johnny lo tomó del brazo y lo ayudó a acomodarse con unas palmaditas en su espalda. Ludwig lanzó un charco de su espeso vómito caliente como una sopa de caldo con pequeños trozos de papas, cebollas y cabellos de ángel.
"Pero, ¿qué comió allí dentro?" Dijo Johnny intentando alegrar a Ludwig. Pero a Ludwig le pareció que no era el momento de oír bromas así que no le contestó nada mientras permanecía de rodillas en el suelo y frotando su estómago.
Sentía que dentro suyo algo viscoso se movía, como con vida propia, como el ala de la historia de aquel vagabundo. Quizás habría de ser un síntoma de la enfermedad.
"Johnny, ¿sabes de alguna enferma o doctor?"

"¿Por aquí?"
"Desde luego."
"Me parece que no es posible, los doctores sólo atienden a los pacientes en sus respectivos dormitorios. ¿Sabe algo? Si usted llegase a su cuarto como me lo propuso desde un principio, ya estaría usted en su cama, yo de regreso a mi tarea, y no tendría más que apretar un botón para que lo atienda un doctor o una enfermera, de acuerdo a los botones que utilice".
"Sí… Bueno. Pero necesito algo que me calme estos dolores. Son espasmos, ¿sabe lo que son?"
"Por supuesto que sé lo que son los espasmos. He leído varios diccionarios durante mis años de estudiante secundario, incluso varios a la vez. Claro que muchas veces me costaba sostener los diferentes argumentos, ya sabe, recordar sus abreviaturas particulares o sus medidas de peso, algunas de estas medidas eran en pesetas y yo tenía que consultar con el precio de las monedas internacionales para evitar que el vendedor de diccionarios me estafe. Una vez lo hizo. Tuve que enloquecer y darle setenta y siete puñaladas por la espalda. ¿Nada mal para alguien de mi tamaño, verdad? Por eso fue que me dieron veinticinco años en esta prisión. Y por cobarde me dieron un año más. Pero como salí en libertad condicional, no pudieron hacer nada para privarme de mi libertad".
"Entonces usted conoce bien este lugar".
"Así es, colega". Milagrosamente esta vez Johnny no tuvo nada que agregar.
"Muy bien, entonces debe saber hacia dónde concurrir si a usted, por ejemplo, le duele la cabeza".
"Desde luego, hay un botiquín muy bueno disponible en el onceavo piso. Le dicen La Manca y es muy buena con los recién llegados. Aunque sus precios no son muy accesibles. Dígame, ¿lleva algo de valor encima? ¿Joyas? ¿Dinero?"
Ludwig negó moviendo la cabeza.

"Muy bien, perfecto. Así evitará que le roben. El piso once es un lugar muy peligroso, es lo que se conoce como La Tumba. Los peores casos de la plaga están allí. También algunos engendros que fingen la enfermedad para refugiarse alrededor de La Manca. No sé muy bien por qué le dicen así, hay muchos rumores. Algunos dicen que suele cortar las manos de quienes la ofenden, otros creen que es un apodo irónico dada su habilidad para las estafas, la más oída es que le falta una mano y tiene una prótesis de goma muy similar a una mano real. Yo no puedo confirmar siquiera esta última ya que siempre lleva un par de guantes negros y ridículos que le ocultan estos detalles. Pero venga que lo llevaré con ella para que usted olvide estos dolores".

¿A dónde me está llevando ahora? Pensó Ludwig, irónico y confundido al pensar que quizás pueda conseguir algo no muy legal para curar ese dolor. No era lo que buscaba sin embargo, pero sus intestinos volvieron a estrujarse por el movimiento interno e involuntario y se dobló por el dolor.

No había que pensar demasiado, dolía suficiente. Apresurado siguió a Johnny por las escaleras, quien ya se había esfumado hacia arriba.

Oía los pasos de Johnny resonando en el metal, los cuales se detuvieron en seco de repente. Ludwig continuó su ascensión, pensando que quizás algo malo le había ocurrido a su compañero. Pero no fue así, desafortunadamente. Johnny estaba de pie en la entrada del piso 11, esperándolo. Le tomó la mano.

"No es nada personal. Lo tomaré de la mano así sabe que viene conmigo y no intentan hacerle nada. Ya sabe, aquí residen los peores casos de la plaga. En muchos casos la fiebre los ha enloquecido y con los pelos erizados como una fiera suelen atacar a quienes no conocen".

Ludwig se dejó guiar por el hombrecito y su mano rechoncha. Las paredes despedían lobreguez a través del aire enrarecido que allí se respiraba. No era fétido como el

del piso sexto, tampoco nauseabundo como en el baño. Era un olor espeso y agrio, como combustible. Sin embargo, no preguntó nada a Johnny. Tres corpulentos hombres de ojos saltones y risa frenética que cruzaron a su lado lo hicieron desistir de la idea. Johnny los saludó cordialmente, pero los hombres lo miraron un segundo y lo empujaron para proseguir su camino. Se perdieron escaleras arriba entre el eco de sus pasos sobre el metal. ¡Maldita sea! Pensó Ludwig. Los hombres iban al piso doce. Con algo de suerte los tendría de vecinos. ¡Adiós a tener una conversación con alguien en mi situación! Se dijo con tristeza.

Llegaron al cuarto de La Manca, donde una nube gris de humo salía y se dispersaba por todo el pasillo. Ludwig recordó el aire espeso y agrio de inmediato. La puerta estaba abierta, pero una cortina de caña impedía la visión hacia el interior donde se oía una charla a los gritos. Johnny golpeó la puerta tres veces con suavidad. Dentro, las voces se silenciaron de inmediato. Se escuchó el correr de una silla, unos pies en sandalias destruidas arrastrándose por el piso en dirección a ellos. Un ojo apareció desde una hendidura de la cortina, intentando observar por completo la escena exterior.

"¿Quién es?" Dijo una voz joven desde la cortina.

"¿Está La Manca? Soy Johnny"

La cortina se abrió un segundo, y el joven que los atendió les hizo señas para que entraran rápido. Ludwig y Johnny se esfumaron detrás del choque de las cañas.

El tamaño de la habitación sorprendió a Ludwig, pero al instante notó vestigios de paredes y notó que en realidad se trataba de tres habitaciones. El cuarto, por lo demás, no era muy diferente al resto del edificio. Las mismas viejas paredes húmedas sostenían a Ludwig mientras volvía a tener otro espasmo en su estómago.

El joven que los había atendido, un morocho de aspecto atlético aunque circundado por manchas gris verdosas

alrededor de todo su torso, los condujo al cuarto de la derecha, es decir, una extensión del hogar de La Manca. Siguiendo a Johnny, Ludwig pudo observar a La Manca.

"Si hay hombres que consideran a las mujeres como trofeos, y a los hombres que les dan cacería los llaman atletas, ¿por qué no podría ser lo contrario?" Decía la mujer a una muchacha que permanecía en el suelo. La joven, de rodillas y con los brazos atados a su espalda, tenía el rostro sumergido en una sustancia oscura que Ludwig rogó fuese barro.

La Manca era una mujer de unas cuantas décadas de depravaciones, Ludwig lo notó por la manera en que su rostro se arrugó cuando los vio entrar. Como una bolsa de plástico tragada y devuelta por algún animal, junto con unas manchas gris verdosas por toda su cara. La mujer también llevaba demasiado maquillaje, su rostro era tan blanco como el de un mimo, y el doble de irritante. Se puso de pie y Ludwig también se sorprendió por la altura de la mujer, que casi tocaba el alto techo de las habitaciones. Olvidando al muchacho en el suelo, La Manca se dirigió a Johnny con un lento andar de botas de cuero negras.

"¿Qué hacés vos acá?" La mujer tuvo que inclinarse casi a 90º para enfrentarse a Johnny cara a cara. El hombrecito, intimidado, bajó la mirada como un niño desobediente y guardó silencio.

"Te pregunté algo. ¿A qué viniste?" La voz ronca de la mujer seguía siendo hostil.

"Es que vino este chico nuevo…" Su respuesta fue suave como un murmullo y con esa misma sutileza, fue empujando a Ludwig delante de él mientras dejaba esta oración incompleta. Ludwig, por su parte, sentía el horrendo movimiento en su interior, y seguía doblándose cada tanto mientras daba pequeños quejidos.

La Manca lo miró, pero antes de que Ludwig pudiese decirle algo, la mujer le entregó una infusión. El aroma de la bebida le resultó espantoso en cuanto llegó a sus

narices, era espantoso, como agua podrida caliente. Agua de termas residuales. Agua de zanja puesta a hervir. El tono turbio, casi llegando a marrón, tampoco le agradó. De hecho parecía un puñado de tierra que habían dejado caer sobre el agua.

"Bébelo". Ordenó La Manca, quien ya llevaba unos segundos con la bebida puesta frente a los ojos de Ludwig.

"No lo sé" dijo Ludwig con las manos en su estómago. "¿Sabe qué es lo que tengo?"

"Por supuesto". Dijo cortante La Manca. "Ahora, agarrá la taza, y si querés te sigo explicando".

Otro retortijón en su estómago lo convenció de que lo mejor sería beber la infusión, quizás no fuese la mejor idea pero era la única que había. Aguantando la respiración bebió la taza en dos largos tragos amargos y desagradables como orina de perro. Cuando terminó no podía desprender ese olor de su nariz, sus labios habían quedado cubiertos por la maloliente peste del brebaje.

Su estómago aún le dolía, pero se acercó hacia La Manca, quien le indicó un antiguo sillón con el tapiz todo agujereado y rasgado. Pese a todo era muy cómodo y Ludwig lo hubiese disfrutado plenamente de no ser por los espasmos en su interior.

"¿No tendrá alguna pastilla?" Preguntó Ludwig con ironía.

La Manca soltó una carcajada guaranga a la vez que volvía al sofá donde estaba recostada cuando llegaron.

"No precisás eso".

"Tal vez no, pero quizás un laxante…"

"¿Laxante?" Interrumpió la mujer y dio otra carcajada. "Lo que necesitás es un purgante".

"Parecer saber mucho del asunto. ¿Puede decirme qué tengo en las tripas?"

La mujer lo miró con seriedad y comenzó a hablar lentamente.

"Los CC no son todo lo que aparentan. Como debe saber, joven, no hay ninguna cura para la plaga". Señaló unas

manchas que tenía a lo largo de su antebrazo y luego el torso de su compañero moreno. “Médicos de todo el mundo han venido hasta aquí para desarrollar una cura por temor a que el virus se esparza. ¡Imagínese a esos primermundistas sufriendo por causas que se originaron en nuestra tierra! ¡Se morirían del asco! Pero como le decía los CC no son todo lo que aparentan. La cantidad de médicos y los altos valores que ellos representan los han llevado a técnicas poco ortodoxas. La experimentación en seres humanos, por ejemplo”.

Ludwig se puso pálido, pero otro revuelo en sus entrañas lo desconcentró un segundo de las palabras de La Manca.

“…Incluso el Doctor Sadius. La sala de esterilización ha sufrido varias reformas en los últimos meses, pero quienes ya estamos aquí sabemos que no volveremos a pasar por esa tortura. Lo que no sabemos es qué desgracias nos puede acarrear la aparición de nuevos infectados tras haber pasado por la sala de esterilización. Las manchas que usted ve no eran parte de la enfermedad hasta que entró alguien en quien habían probado una nueva toxina. El virus en él mutó y este gen se transmitió al resto de los infectados, quienes ahora debemos soportar estas horrendas marcas de las que sólo sabemos que día a día se agrandan más”.

“¿Y los doctores? ¿No los atienden si uno los llama de la habitación?”

“Así es. Pero por lo general en realidad sólo es un individuo que escribe reportes que no alcanzamos a conocer jamás, sobre las múltiples facetas de nuestra enfermedad. Si es algo pasajero, nos lo dicen; si es grave, callan. No necesito estudiar medicina para saber por su postura que estas manchas son mortales”.

Los saltos en el estómago de Ludwig se volvieron continuos. Parecía un lavarropas y podía sentir sus miembros chocándose entre ellos como un montón de pantalones y remeras. Sentía que la punta de algo

intentaba pinchar su estómago para abrirlo y salir como una criatura del espacio exterior. Algo completamente inverosímil y ridículo.

“Usted ha sido sujeto a una nueva sustancia de la cual desconozco todo ya que es muy nueva. Esta semana ingresaron tres nuevos infectados a quienes se les suministró la misma droga. Todos murieron antes de llegar a sus habitaciones por lo que no se pudo completar ningún reporte serio acerca de los resultados. Nosotros mismos tuvimos que deshacernos de los cuerpos, como ocurre siempre que muere alguien fuera de su habitación. Cuando esto ocurre los doctores lo anotan como Paciente en fuga y todo se echa al olvido. El hecho es que no sabemos si lo que los mató fue el virus, tampoco sabemos si fue una cura verdadera o murieron por otra causa. Lo que sí sabemos nosotros, que vimos los cuerpos, es que fue causado por estas investigaciones desesperadas que están llevando a cabo.

“El primer infectado murió en el piso sexto, entre grandes alarmas y gritos de los individuos de la sala de recreos. Creo que fue la primera vez que todos desviaron su mirada del televisor para contemplar su realidad. El hecho es que el hombre infectado recién había llegado y tras unos terribles gritos mientras miraba televisión su boca comenzó a chorrear sangre y su camisón se llenaba del mismo líquido, como si alguien lo hubiese herido con un cuchillo. El hombre murió con una mueca de sorpresa en su rostro, creo que fue porque notó que su estómago se movía por sí mismo. El cadáver… Bueno, pasó lo que hacemos con los cadáveres”.

Ludwig no soportaba más el malestar, los retortijones, que ahora habían empezado a subir hacia la boca de su estómago y más arriba.

“Los otros dos eran una parejita de recién casados. Murieron también a las horas de haber llegado, en este

mismo cuarto donde estamos ahora. Llegaron, al igual que usted, quejándose por malestares en su estómago, pidiéndome alguna droga. Yo los atendí cordialmente, aunque sabía que no se referían a lo que yo realmente hacía, sino a que Johnny Treshechos es bastante idiota al hablar de mi profesión. Les suministré calmantes, pero no surtieron efecto. La muchacha me dijo que tenía que tomar un laxante, que sentía que algo quería salir de su estómago, y yo accedí a venderle uno. Mientras la muchacha se fue al cuarto de baño —sólo en esa ocasión se lo presté a un desconocido, y porque era mujer— su joven pareja quedó allí donde usted está ahora, quejándose por el dolor insoportable. No sabía qué hacer, me compadecía de la situación del joven por un lado, pero sus gritos no hacían más que espantar a mis clientes más paranoicos. Resolví echarlo, pero cuando regresé ya no se movía. Sangre salía de su boca a chorros, y la piel de su estómago se sacudía una y otra vez. Fui al baño, golpeé la puerta para saber si la muchacha estaba bien. Nadie me respondió. Abrí la puerta y ella estaba sentada sobre el inodoro, su ropa interior en sus tobillos, su carne lívida y el mismo caos rojizo manchando la habitación. Su cuerpo cayó a un costado, empujado por una criatura extraña y desagradable que había salido de sus entrañas. Por cierto, ¿cuál fue su última comida?"

Ludwig hubiese preguntar que a qué demonios se refería con aquella pregunta, pero en cambio no podía aguantar más los estertores de sus tripas y, dirigiendo su cabeza hacia el suelo, vomitó con fuerza. Algo de sangre salió de su boca, pero arrastrado por ella y por una gran cantidad de mucosidades, había salido el producto de su dolor.

Era una pata de pollo, mordida en su mayor parte y apenas degradada por los líquidos gastrointestinales.

"¡Mierda!" Exclamó sorprendida La Manca. Mientras tanto la pata de pollo se movía en el suelo, como queriendo ponerse de pie, como queriendo ir a algún lado. Ludwig,

horrorizado, miraba la pata de pollo girando sobre sí misma, recordando que lo último que había cenado era aquella misma pata junto a unas papas que había recalentado en el microondas.

“No entiendo”. Dijo La Manca sacudiendo la cabeza. “A la muchacha lo que le salió de adentro fue una masa de carne, una especie de hamburguesa, que intentaba lo mismo que esta pata de pollo”.

“¿Qué hay que entender?” Preguntó Ludwig, aún asombrado y nervioso. “La comida cobra vida”.

“Así es, joven, eso es evidente. Lo que yo no entiendo es cómo hizo usted para tragarse una pata de pollo entera”.

“Tenía mucha hambre anoche, señora”. Respondió Ludwig agachando la mirada.

“Está bien, pero no olvides que es peligroso comer huesos. Sobre todo esos, que suelen astillarse y podrían provocarte daños en el paladar o matarte si te quedan atragantados”.

“No lo haré, señora”.

“Claro que no, la moraleja es precisamente esa. Podrías haber muerto si yo no te daba ese purgante”.

“Se lo agradezco”.

“No es nada, no es nada…” Dijo la mujer mientras con una seña indicaba a su compañero moreno que se retirase junto con la joven que aún yacía a sus pies. El morocho obedeció en silencio y abandonó la habitación, mientras corría con suaves empujoncitos a Johnny Treshechos hacia fuera para poder cerrar la puerta y brindar la intimidad solicitada por su señora La Manca.

“Muy bien, recién llegado”. Comenzó La Manca mientras se recostaba cuan larga era sobre su improvisado trono y abría y cruzaba las piernas. “Dime, ¿cómo te llamas?”

“Ludwig”.

“¿Ludwig? ¡Vaya! Es un nombre elegante… Quizás el más notorio de los que están aquí, a nosotros siempre nos ponen nombres horrendos como Gloria o Esperanza y

tenemos la mala idea de cambiarlos por cosas más enfermizas. Mi pareja, por ejemplo, se llamaba Luándro… Desde que lo conocí se hace llamar Recalcitrante…” Soltó una de sus carcajadas. “Recaliente, le digo yo cuando estamos solos”. La mujer le guiñó un ojo a Ludwig, y él sonrió estúpidamente. Viendo que su vida ya había sido salvada (no quería ver al piso, pero sabía que la pata de pollo aún se movía), decidió que lo mejor sería agradecer y escapar hacia su cuarto antes de que la conversación se enturbiase con sexo, como siempre pasa en estas escenas.

“¡Alto!” Ordenó La Manca al ver que Ludwig, recompuesto, se ponía de pie. No podía dejarlo ir aún, tenía cosas que decirle que estaban muy distantes de las conjeturas que habían llevado a Ludwig a improvisar una nueva fuga.

Ludwig se frenó y volvió a depositar su traste en el cómodo pero roído sillón.

“Creo que me debes algo”.

“Claro, señora, pero no tengo medios para pagarle ahora, recién he llegado y aún no me he instalado”.

La Manca lanzó una sonrisa al aire mientras se ponía de pie.

“Ni llegarás a hacerlo. En realidad lo de las habitaciones es pura formalidad. Seguramente encontrarás tu cuarto ocupado por algún otro y te verás obligado a buscar uno nuevo… Y si también deseas una cama, bueno, eso es otra historia. Un gran problema.”

“¿Sí?” Ludwig no podía creerlo.

“Todo aquí cuesta, mi amor. Las camillas se alquilan, 200 por semana las más baratas”:

“¿Y permiten eso los doctores?”

“Por supuesto, a ellos no les importa en lo más mínimo. Después de todo lo que ellos hacen es tomar notas. Aunque supongo que varias de las empresas del CC que andan en el alquiler de camillas poseen uno o varios doctores dentro de sus accionistas”.

“No puede ser, yo no traje ni siquiera mi billetera. Me sacaron del baño y me trajeron acá. Dicen que estoy contagiado de la plaga, pero no escuché nada serio todavía”.

“Bueno. Deberías haber sido más precavido con tus cosas. ¿No leíste nunca esos carteles sobre las precauciones con la plaga? Advierten en letras minúsculas que es muy importante llevar siempre dinero encima, ya que si uno se contagia y cae en un agujero como este, puede asegurarse una estancia medianamente decente. Lo dice en otras palabras, por supuesto, pero no poseo memoria fotográfica”.

“Oh, por supuesto. Lo comprendo. Supongo que entonces debería buscar una manera de procurarme algún dinero”.

“De eso mismo quería hablarle. Tengo un trabajo justamente para alguien como usted”.

“¿En serio? Pero si usted apenas me conoce”.

“¿No conoces el famoso refrán `A diablo regalado no se le mira lo viejo’?”

Ludwig guardó silencio.

“Creo que te hice un gran favor al salvarte la vida, ¿no crees?”

“Es cierto, supongo que si hubiese muerto hace un instante ahora no estaría vivo”.

“Brillante deducción. Veo que está entendiendo como funcionan las cosas”.

Ludwig se sorprendió por este comentario porque era cierto. En realidad, jamás había sido muy listo para sacar deducciones, pero la repentina frase que había salido de sus labios lo sorprendió por su profundidad y recuperó su buen humor.

“Como usted ve, su capacidad intelectual puede serme muy útil en mi megocio”.

“Será negocio.”

“Tal vez, pero me salió así y me gustó, así que a partir de ahora lo llamo así”.

“De acuerdo”: Respondió Ludwig sin entender mucho. “¿En qué consistiría mi tarea?”

“Oh, usted sabe… Necesito alguien que me haga de contador, tengo muchas deudas que cobrar y muchas otras que cobraré cuando estén. Su tarea sólo es escribir los números y dar una ronda por los pisos del CC con mi marido para intimidar a mis deudores”.

“Pues me parece un trabajo muy agradable”.

“Y le dejaría libre un día a la semana”.

“¡Qué bien! Lo aprovecharía para adiestrar mi gusto por el sadismo”. Dijo Ludwig con los ojos brillosos.

“Y serían 1000 al mes. En quince días puedo hacerle un adelanto y ya tendría una habitación, una camilla y cuanto lujo puede darse uno aquí”. La Manca señaló con ambos brazos su entorno. “Desearía me dejasen hacer algo con la humedad”. Y pasó una mano de frustración sobre sus ojos. “Mientras tanto usted puede quedarse aquí… O quizás con ese amigo suyo que lo trajo”.

Ludwig estaba contento por la oferta que se le acababa de realizar. El problema de su estadía en el lugar estaba solucionado.

“Entonces, ¿se queda aquí?” Preguntó La Manca.

“Por supuesto”. Contestó Ludwig sonriendo ante su buena suerte.

Con un alarido abominable La Manca llamó de nuevo a su compañero, quien enseguida regresó con la misma muchacha con quien se había ido, tomándola del cuello.

“Recalcitrante, ¿ya te dijo algo esta infeliz?” La mujer sonó fría, diabólica y le soltó una patada en la mandíbula a la joven.

“Nada, mi amor. Vamos a tener que hacerla boleta”.

“Esperen”. Se metió Ludwig como un chupete en un culo. “¿Qué ha hecho esta bellaca que merece el fuego?”

“Nos debe dinero hace tiempo y no paga”. Informó, de muy mala manera, La Manca.

"Miren, es mi primer día y no quiero ver un reguero de sangre. Se los ruego, no hagan una escena solo por mí. Ya sé que me gustaría verla, y tal vez para que ustedes desarrollen una buena base corporativa basada en la motivación de mi persona sería bueno que lo viese. Pero creo que no. No lo necesito. Ya he visto una pata de pollo salir de mi estómago y, créanme, eso fue más que suficiente".

Recalcitrante lo miró con una sonrisa de desprecio mientras hablaba, pero La Manca escuchó con atención el resto de la propuesta de Ludwig.

"Hagamos, por lo tanto, esto. Ya que estoy contratado por su empresa, permítanle pagar la deuda de esta pobre miserable así puede continuar con su vida, la cual creo que tiene tanto valor como la de cualquiera de esta habitación".

"Nosotros valoramos la vida, por eso pagamos nuestras deudas". Dijo Recalcitrante con enojo y empuñando un machete como un héroe de telenovela brasileña en la selva amazónica. Señaló a la infeliz que estaba en el suelo y remató, "Por eso tenemos que darle muerte a esta hija de un container coreano lleno de putas".

"Está bien, tal vez. Pero creo que merece una segunda oportunidad. Me gustaría hablar con ella para saber si está de acuerdo con que le preste dinero para que pague su deuda con ustedes".

"No puede hablar". Dijo Recalcitrante. "En cuanto me dijo que no tenía un centavo le corté la lengua con mi *mashete*".

"Pero puede oírme, ¿cierto?"

"No lo creo, también mi *mashete* orilló por sus *onejas*".

"Es usted un sádico". Dijo Ludwig seriamente. Recalcitrante levantó su machete y lo sostuvo sobre el pecho de Ludwig. La Manca intervino para separarlos.

"Tiene razón sobre las cualidades de mi compañero, joven". Dio unas palmaditas en el pecho de Recalcitrante para calmar su temperamento. "De hecho por eso lo precisamos. ¿Sabe usted? La mayoría de nuestras deudas quedan sin

cobrar porque pierde el control de su temperamento y termina matando a mis deudores. Es una máquina eficiente si de matar se trata, por eso usted estaría encargado de hablar primero”.
“Ya veo, ya veo. Muy bien. Pero no dejaré que liquiden a esta pobre diabla frente a mí. Pagaré su deuda con el sueldo que ustedes estén dispuestos a darme”.
“Muy bien, pero le advierto que tendrá que trabajar un mes gratis”.
“Está bien. Lo acepto”. Respondió Ludwig con la postura de un héroe byroniano.

Con una seña La Manca ordenó a la muchacha que se ponga de pie, quien lo hizo dolorosamente, lanzando unos pequeños quejidos de su boca cubierta de sangre, desamparada de lengua. Ludwig pudo ver la eficiencia de Recalcitrante en el rostro de la muchacha, varios hematomas y coágulos convertían su rostro en un dripping enfermizo y zigzagueante, hipnótico y violento. Uno de sus ojos estaba completamente rojo, producto de la última patada de La Manca. Aunque ella no se vanagloriaba de su eficiencia, los astros habían dirigido bien su puntapié. La muchacha parecía ciega de ese ojo. A pesar de las heridas, se inclinó un poco en una reverencia a La Manca.
“No me agradezcas a mí. Fue nuestro querido Ludwig quien te salvó el pellejo esta vez. Deberías agradecérselo limpiándote y dándole una buena noche de sexo. A propósito, tampoco tiene donde quedarse, quizás puedas hospedarlo entre tus piernas un tiempo.” Y soltó una de sus estridentes y características carcajadas al aire.
La muchacha no se movió de su lugar. Ludwig pudo ver un reguero de sangre saliendo de sus orejas.
“No creo que pueda escucharla, señora”. Dijo Ludwig y mirando a Recalcitrante con el mismo desprecio con que éste lo había mirado antes agregó, “alguien estuvo hurgando indiscriminadamente en sus orejas”.

La Manca movió afirmativamente la cabeza y, clavando sus ojos sobre la joven, señaló a Ludwig. La muchacha, como poseída, saltó sobre Ludwig acoplándose a su torso con sus brazos y piernas. Ludwig cayó sobre el sillón donde antes había estado, y si bien era cómodo y la muchacha comenzó a frotarse contra él, la sangre que manaba de sus heridas lo deserotizó al instante. De un empujón la dejó caer en el suelo.

"Primero limpiate". Le gritó Ludwig molesto, quien vio manchas de sangre sobre su camisón nuevo. "Y después vas a tener que lavarme esto". Agregó moviendo su camisón con ambas manos.

La muchacha comenzó a llorar en el suelo, desconsolada. Ludwig recordó entonces que ella estaba sorda y se compadeció un poco por el maltrato gratuito que le brindó. Se acercó a ella, tomó una toalla que había abandonada en el suelo y se dedicó a limpiarle sus heridas con suavidad, con lentitud, como un amante. Ella le sonrió con su rostro de ratoncita y él acomodó su cabello detrás de su oreja calidamente. Le limpió la sangre de los pómulos, del cuello, del brazo... El brazo estaba sumamente maltratado. Ludwig dirigió una corta mirada de desprecio a Recalcitrante mientras examinaba el brazo de la muchacha. Ella seguía los movimientos de Ludwig en silencio, con una sonrisa perdida. Ludwig vio que el brazo estaba lleno de marcas, manchas oscuras debajo de la piel, como pinchazos.

"Veo que a ti tampoco te trataron muy bien en el área de esterilización". Dijo Ludwig con una sonrisa, y la muchacha, aunque no lo había escuchado y no podía responderle nada, sonrió. La carcajada de La Manca se dejó oír estrepitosamente. Ludwig la miró, no sin cierto enojo.

"Perdón". Dijo la mujer. "Pero esas no son marcas del área de esterilización".

"¿Cómo que no?" Se enfrentó Ludwig. "A mí me las hicieron en cuanto llegué aquí".

“Por supuesto, es lo usual, pero esta muchacha se estaba metiendo otras cosas aparte de esterilizantes y sustancias experimentales”. La Manca esbozó una sonrisa cruel. “Es una de mis clientas más nuevas, ¿sabe?”

Ludwig puso rostro confundido.

“¿Qué es exactamente lo que usted produce, señora?”

“Vamos, joven, no se haga el tonto. Usted ya debería saberlo, no parece ningún idiota.”

“¿Droga?” Titubeó tímidamente Ludwig.

La mujer soltó otra estridente carcajada.

“Droga. Usted debe ser uno de esos tipos que le tiene el miedo propio de quien siempre oyó los consejos familiares, ¿verdad?”

“Pues así es. No creo en ningún estimulante más que el buen alcohol, la buena marihuana y la nunca-de-más línea”.

“Me parece bien. Haremos un buen negocio, usted y yo. Ya que no consume puedo tener más confianza en usted de la que anidé en un principio”.

“Váyase a la mierda”. Dijo Ludwig con los ojos cerrados.

La Manca lo miró sorprendida.

“¿Así es manera de tratar a quien le ha salvado la vida?”

“Váyase a la mierda usted y mi vida. Usted no cree en la vida”.

“¿Qué dice? Mírenos aquí encerrados, ¿qué mejor cosa podría yo hacer que brindarle confort químico a estas pobres almas infelices? Lo que pasa es que usted no consume, pero ya lo hará”.

“No lo creo”. Dijo Ludwig, desafiante. La Manca le dedicó otra risa.

“Ya verá que terminará haciéndolo. Ya que aunque usted quiera pasar sus días en tratamiento ortodoxo, o mirando televisión el la sala de recreos, descubrirá que lo único que hay para hacer en el encierro es drogarse. Y aunque usted no quiera. Los doctores se las brindan primero, la sala de esterilización sólo prepara su organismo para tolerar

drogas más fuertes, algunas experimentales, como ya le dije. Otras son las comunes que se nos brindan en le tratamiento. Sin embargo las mías son mejores, usted no lo sabe pero las peores drogas son aquellas que llevan receta. Con mis servicios la estancia, por más larga que sea, se vuelve tolerable”.

Ludwig no quería oír más los sofismas de aquella arpía.

“¡La droga es mala!”. Chilló Ludwig sin pensarlo.

“No me importa en qué términos morales la clasifique, es mi negocio y no pienso dejarlo”.

“Pues yo sí”.

“¿A qué se refiere?”

“Me retiro… me retiro del negocio de las drogas”.

“Muy bien, déjeme decirle que es el tipo menos ambicioso con quien he trabajado. La mayoría de mis empleados se quedan hasta ser gerentes o hasta que uno de mis acólitos lo mata de un balazo en cuanto le entran ganas de traicionarme”.

Ludwig tragó saliva.

“Pero eso no le ocurrirá a usted, joven. Usted recién llega y no sabe cómo son las cosas por aquí”.

“Eso es cierto, pero no pienso entrar en su juego. Es muerte”.

“Es el inevitable lugar que nos espera…” Sentenció La Manca en un murmullo.

“No me interesa. No me interesa usted, ni este trabajo. Voy a mantenerme alejado de toda esta porquería”. Ludwig se puso de pie y salió de la habitación. Debería seguir camino hasta la habitación que le habían dado. La Manca le chistó en cuanto él hubo llegado a la puerta y Ludwig se dio vuelta, capturado por el sonido de la mujer y temiendo recibir un ataque del mashete de Recalcitrante. No fue así sin embargo.

“No vas a tener sueldo de nosotros, querido. No te olvides”.

“No me importa”. Gritó Ludwig, exasperado por haber sido detenido para un comentario tan banal como el dinero.

“¿Qué hago con la muchacha? ¿Pensás pagar de otra manera?”

Ludwig se detuvo, recapituló los últimos hechos en su cabeza y se preparó a contestar.

“Hacé lo que te parezca. No pienso salvarle la vida a alguien que la desprecia, para después tener que salvársela de nuevo la semana que viene en otro sensacional episodio”.

“De acuerdo”. Contestó La Manca, pero Ludwig no la oyó, se había desvanecido de la habitación, de regreso al pasillo, donde encontró a Johnny.

“Johnny, sácame de aquí cuanto antes”. Ordenó Ludwig como si el hombrecito fuese una motocicleta voladora o una alfombra veloz. Y siguiendo esta idea, pegó un salto y se montó en las espaldas de Johnny. El hombrecito corcoveó dando unos estridentes relinchos y cayó al suelo cuan largo era, con Ludwig encima. Desgraciadamente para este último, Johnny había caído con la mayor parte de su cuerpo sobre la pierna de Ludwig, lo que lo obligó a lanzar un agudo quejido. No se quebró sin embargo, ya que pese a todo lo narrado anteriormente, Johnny nunca fue un equino. Pero Ludwig miró su pierna nuevamente y allí donde había crecido una protuberancia, la piel estaba tensa como si se tratase de un músculo que no controlaba. Pero afortunadamente y a pesar del dolor, la protuberancia permaneció estática. Tal vez el purgante también hubiese matado a lo que sea que fuere, se dijo Ludwig con alegría, la cual pronto se desvaneció pensando en que probablemente tendría un cadáver pudriéndose bajo su piel que no tardaría en comenzar a apestar. Eso podría ser contraproducente para su salud. Sonrió y anotó mentalmente que debía conseguir un bisturí o, de ser posible, un médico, para que le revise ese enigmático bulto otrora inquieto.

Johnny estaba de pie nuevamente, a su lado, cuando le dio unos suaves golpecitos en su abdomen con el pie para cortarle el flash impertinente.

“Bueno, ¿cómo le fue allí dentro?” Preguntó el hombrecito inclinando la cabeza para que sus ojos chocasen con los de su interlocutor.

“No quiero recordarlo”. Respondió Ludwig desde el suelo. “¡Jamás me alegró tanto verlo!”

“Gracias”. Johnny Treshechos se ruborizó. “Yo también estoy contento de verlo de nuevo, espero que me dé algo…”

Ludwig se puso de pie y le dio un abrazo.

“Mi amigo”.

El hombrecito lo correspondió con una sonrisa. Luego se separaron y Johnny Treshechos, frotándose las manos como un niño goloso en una freidora miró a Ludwig con una cara que significaba, sencillamente: *“¿Y? ¿Qué pintó?”* Ludwig lo miró entonces suspicazmente y le devolvió el gesto con otro el cual se definiría como *“¿Qué?”*. Tras esbozar una cara de enojo movió sus cejas repetidas veces, un conocido que gesto que se definiría como *“No te hagás el boludo, nene”*; luego frotó su dedo contra el dedo meñique de su pie, en una clara alusión a las sustancias tóxicas que proveía La Manca.

“Yo no me meto en esas cosas”. Dijo Ludwig, cortante, frunciendo el ceño.

“Está bien, entiendo. Pero dicen que podés quedar como uno de los durmientes si no lo hacés, ¿sabías? O que te podés contagiar de *taedium vitae*, ese virus que le agarra a la gente que está mucho tiempo encerrada. También dicen que si no lo hacés posees una sexualidad rara”.

“Lo que yo sé es que cada uno se fabrica sus propias excusas”.

“Es la frase más ridícula que he oído en toda mi vida”. Respondió Johnny Treshechos, fascinado.

Quedaron un momento en silencio, luego Johnny se aventuró a preguntar.

“¿Quiere que lo acompañe hasta su cuarto?”
“Por supuesto, compañero”. Dijo Ludwig olvidando todo el asunto anterior y tomándolo por la espalda con cariño. Ambos se perdieron a lo largo del pasillo en dirección a las escaleras una vez más.

Al llegar al último piso, el piso 12, Ludwig comprobó con una mueca de disgusto que no sería fácil encontrar un lugar. El piso doce estaba atestado de gente, todo el desierto de cemento que había visto abajo, se compensaba con la pequeña aldea que moraba allí arriba.
Obviamente todos llevaban los mismos camisones, y, obviamente todos poseían rasgos de la enfermedad. Las manchas verdes en todas partes de su cuerpo le hicieron saber que La Manca podría ser una vendedora de droga, pero jamás una mentirosa. Se oían toses, escupitajos, charlas, delirios, aparatos electrónicos, y ruido… mucho ruido, tanto ruido que al final, por fin Ludwig se sintió como de regreso a la civilización. A pesar de las deformaciones ya citadas. Ludwig se dijo a sí mismo que no debería preocuparse por ellos, puesto que si se veía obligado a compartir espacio era probable que se contagie. Aunque si la sustancia experimental que probaron en él había frenado esa parte del virus no estaría menos alegre.
Sin embargo la alegría se desvaneció en cuando tomaron el lado izquierdo del pasillo, es decir el ala segunda. Ni bien pusieron un pie, un grupo de personas de todas las edades los envolvió en ruegos y pedidos de súplica. Ludwig vio a una vieja señora toda arrugada, enana, deforme, cubierta solamente con un trozo de tela que se movía dejando ver su asquerosa teta marchita por el tiempo; también un tipo de anteojos formaba parte de la multitud, con su camisón hecho andrajos, pronunciando las mismas palabras que la vieja; la que más sacudió el corazón de Ludwig fue una niñita de unos 8 años, morena y delgada, apetecible a

pesar de las manchas verdes en su textura, que extendía sus bracitos entre la vieja y el de los anteojos por un poco de espacio. Los dos egoístas formaron de inmediato una coalición, firmaron un acta y uniendo sus fuerzas, zanjaron del todo la pequeña brecha por donde ella se asomaba, para impedirle que su pedido llegue al extraño. Sin embargo Ludwig no notó en todo esto, en parte porque estaba contemplando acongojado a la pequeña, en parte porque Johnny Treshechos los corrió a empujones a todos para abrirse. Ludwig siguió el camino detrás de él.

"Son los pedigüeños". Dijo Johnny enojado. "Lo más bajo de lo más bajo. Llegan acá sin un centavo y pretenden que uno les regale los lujos que uno se ha ganado con tanto esfuerzo".

Ludwig lo comprendió y movió afirmativamente su cabeza. Luego recordó el discurso de La Manca sobre el alquiler de camillas y se avergonzó un poco, pero como no quería mostrar desamparo ante Johnny, se excusó ante los pedigüeños.

Intentó replicar algo, como para dar a entender que su situación, si las palabras de La Manca eran ciertas, no era mucho mejor. Pero no pudo, porque Johnny se encontraba hablando con una mujer de guardapolvo blanco y una barata dentadura postiza invisible que de inmediato capturó toda su atención. Parecía una enfermera en todo sentido, es decir, no se parecía en nada a la imagen de fantasía que siempre tiene uno a la hora de hablar de enfermeras. Por lo tanto, esta debería ser una enfermera genuina, no artificial.

"Lo importante no es lo que dicen, sino que ridiculicen". Decía la supuesta enfermera a Johnny. Ludwig se acercó por detrás para interrumpir otra conversación inverosímil.

"¿Ya sabés dónde queda mi lugar?"

"No lo sabré sino lo pregunto… y no lo preguntaría, sino lo sabría. Es un consejo, nada más".

“Gracias”. Dijo Ludwig tomando el consejo del hombrecito, para luego hacerlo un bollo y arrojarlo tras de sí.

La supuesta enfermera no pudo evitar sonreír a Ludwig ante esta actitud tan adolescente del recién llegado. Como esta mujer ya había pasado los cincuenta y no se la ponían hacía bastante le dirigió una sonrisa de claras intenciones lujuriosas a Ludwig. Desgraciadamente para ella, durante este coqueteo sus movimientos labiales aflojaron su dentadura postiza invisible y cayeron al piso. La boca desdentada, la cara sorprendida, y los cachetes colgando como un par de bolsas de azúcar de la mujer, asustaron a Ludwig, quien soltó un gritito de miedo.

Avergonzada en lo más profundo de su ser, se agachó a recoger los dientes, colocárselos de espaldas a los presentes y volver a prestar atención a Johnny, como si nada de aquello hubiese pasado.

Johnny, para quien no pasó nada, le dijo a la mujer “Cuarto 377”, en referencia a la ubicación que buscaba su compañero.

Ludwig miró a la mujer con ansias de respuesta, pero ésta al confundir su mirada con la de un pervertido sexual, señaló hacia el fondo del pasillo con una mueca de temor y disgusto ante el recién llegado. Johnny siguió caminando por el pasillo, pero antes de cruzar la primera puerta a su derecha se dio vuelta, porque Ludwig no estaba.

Su compañero permanecía de pie frente a la mujer que les había señalado el camino.

“¿Vas a venir?” Gritó Johnny nuevamente molesto. Parecían estar hablando. Johnny aguardó un segundo como tenía ordenado en casos como aquel. Luego se acercó a Ludwig y lo arrastró a su lado con una fuerza que tenía escondida en quién-sabe-dónde.

“¿Qué hablaban?” El tono de Johnny se había vuelto oscuro, como el de un criminal de películas. Su aliento de repente también había cambiado, suplantado por un

espeso aroma a nieblas de novela de misterio. Ludwig sonrió.

"¿Qué te ocurre? Sólo quería saber por qué estaba vestida de enfermera".

"Oh, disculpa. Había olvidado su atuendo de hoy. Entonces, ¿te contó la historia?" Johnny había vuelto a su tono amigable anterior.

"Claro que sí. Muy interesante".

"¡Muy chistosa!" Enjuició Johnny con una risa colorada. "Esa parte en que los enanos de jardín la seducen..." Y soltó una estruendosa carcajada.

Ludwig esbozó a su vez otra sonrisa, pero ignoraba todo lo que decía el hombrecito. Obviamente está inventando todo, se dijo Ludwig. Y de esta manera se dio cuenta que Johnny jamás había escuchado la historia de aquella mujer.

Atravesar puertas blancas que cubren pasillos de un extremo a otro con una cifra en negro enmarcada en su centro no es la mejor forma de comenzar a diluir la pócima de la desconfianza. Pero siempre lo mejor es atacarla en cuanto comienza. Como una enfermedad. Como una plaga.

En cuanto atravesaron el gran 376 con ímpetu, descubrieron que el pasillo terminaba al final de aquella sala.

"¡Recórcholis!" Suspiró, rabioso, Ludwig.

Por su parte, sumido en el desconcierto, Johnny se tiró de rodillas al suelo, elevó su rostro al cielo y con los ojos cerrados y estirando sus pocos cabellos con ambas manos lanzó una terrible puteada. Ludwig se sonrojó, los demás presentes lo aplaudieron con agrado.

"Y estos infelices se ríen de las desgracias de uno". Dijo Johnny por lo bajo, levantándose de un saltito.

"No entiendo. ¿No hay 377?" Ludwig exigía una explicación o al menos un argumento convincente que lo dejase en otro aprieto. Miró a johnny, pero a él no se le ocurrió nada.

"Bueno. Aquí parece que se termina todo". Dijo Ludwig desamparado. Johnny, que realmente no soportaba ver en ese estado a su compañero, se atrevió a hacer algo que Ludwig no se hubiese animado jamás a hacer. Se acercó a una de las camillas que había alrededor y se dirigió a un enfermo.

"¿Sabe dónde se encuentra el 377?"

"La primera vez que me hicieron esa pregunta estaba en el Tango 01 charlando con aquel inaudito Presidente de la..."

Johnny se alejó. Envidió al sujeto por un momento. La droga de La Manca era muy buena. Se lamentó que su compañero no le hubiese traído nada. Se acercó a otras camillas, donde repitió la consulta.

"El hombre sabe lo que dice, pero ignora lo que pregunta..."

"Ve con Dios, hijo mío, el sabrá la respuesta..."

"No me vengás con ese cuento de nuevo, esta noche te dije..."

"Sexo sexo sexo sexo sexo sexo..."

"Con gusto responderé la pregunta si primero..."

"¿Quiere saber donde queda el cuarto 377?... Yo no le pregunté si quería saber donde queda el cuarto 377, sino si quiere saber donde queda el cuarto 377..."

Este último lo hizo sonreír un poco. Era un infectado genuino, la plaga había afectado su cerebro de la manera más cruel y eficaz; le había dado a conocer que su muerte estaba próxima y él había descubierto que lo único que podía hacer para aprovechar su vida al máximo era hablar.

En ese momento apartó la vista del moribundo mientras este continuaba con su alegre parloteo para clavar los ojos en un cartel. Cuarto 377. Debajo una flecha indicaba hacia arriba y más abajo unas escaleras le daban algo de sentido al mensaje. Johnny tuvo la audacia de comprender aquel sentido.

"Vení conmigo". Dijo Johnny a su compañero mientras se perdía escaleras arriba. Ludwig no tardó en sumársele pero no sin antes notar que la escalera parecía más bien una salida de incendios. No estuvo convencido del todo hasta que vio que dentro de ellas todo era oscuridad, luego cuando una luz lo cegó por un segundo, el mismo segundo en que Johnny abrió una puerta, notó hasta qué punto se había equivocado.

Emergió a la luz en un proceso complicado, una ascensión más pero igual de frustrante. Ludwig esbozó una sonrisa al ver el lugar donde las escaleras terminaban, incrédulo.

Johnny Treshechos y su compañero estaban de pie en la azotea del CC. Vistos desde la altura, dos pequeñas figuras se sacudían, una más alta que la otra. Desde más alto apenas eran un par de pequeñas sombras que parecían poder ser borradas con un ligero soplido. La sombra más alta gesticulaba un insulto hacia su colega, entre saltos líneas oscuras que delataban su furia. De su espalda extrajo otra sombra, un martillo de enormes dimensiones. La nueva sombra descendió sobre la más baja, una sola pero eficaz vez. Desde bien alto podían verse las estrellitas saliendo del cráneo mal dibujado de la sombra enana.

"Gracias por traerme hacia el centro de la nada". Dijo Ludwig con los dientes apretados.

"Por nada". Respondió Johnny acariciándose el cráneo dolorido. "Pero yo no tuve nada que ver".

Ludwig giró sobre sí mismo una y otra vez como un energúmeno para no oír las estúpidas excusas de su compañero. "*No confíes en sus mentiras*" le había advertido la mujer que un rato antes había confundido con una enfermera. Decidió que era hora de hacer caso a su mejor sentido, el de la desconfianza.

Johnny continuaba excusándose al lado del cuerpo giratorio de Ludwig cuando una figura surgida de la nada les llamó la atención. Vestía de blanco y Ludwig lo reconoció de inmediato. ¡Era el doctor Sadius!

Ludwig detuvo sus giros y se acercó firme y decidido al recién llegado. Pero se detuvo en seco cuando notó que la figura, si bien era idéntica al doctor Sadius, no mostraba una tonta sonrisa a quien quisiese verlo.
“¿Doctor Sadius?” Preguntó igualmente sin dejar de sentirse estúpido.
“Número equivocado” Contestó la figura con una sonrisa.
“¿Disculpe?”
“Disculpas aceptadas”.
“¿Quién es usted?”
“Yo soy”.
Ludwig repitió esta pregunta tres veces, las tres veces el desconocido repitió su respuesta con la misma calma y suavidad. Viendo que era otra conversación sin salida, Ludwig volvió a ponerse furioso y le gritó al doctor que no era el doctor.
“¿Puede decirme al menos dónde se encuentra el Sector Último?”
“Por supuesto, pero este conocimiento sólo te atrasaría más en la llegada al lugar donde debes estar”.
“Mi cuarto”. Repuso Ludwig, molesto.
“Por supuesto. Tu cuarto. Claro que no es un cuarto, ni siquiera una camilla, pero saber esto no te reconfortaría, ¿verdad?”
Ludwig no respondió, preocupado.
“Sin embargo no es ese motivo el cual estoy aquí. Una razón más profunda me guió hasta este momento ineluctable con un único propósito que, no obstante, yo mismo desconozco. Al decir de Johnny quizás esto sea cierto, quizás sea una vulgar mentira o quizás una perfecta simbiosis entre ambas para sembrar más confusión. Créeme no es mi intensión tornar aún más tortuosa tu estadía en este lugar, por lo que intentaré ser breve”.

“Muy bien”. Ludwig, la figura y Johnny se sumieron en un involuntario silencio del que solamente Ludwig esperaba respuesta.

Como el silencio no se dispersaba Ludwig volvió a gritar.

“¿Va a decirme dónde queda el Sector Último? ¡Quiero llegar al cuarto 377, Sector Último! ¡Se supone que debo estar ahí!”

El desconocido no se inmutó ante esta extraña manera de expresarse de Ludwig ni ante el accidental gargajo que éste había dejado caer durante su berrinche, sobre las ropas del recién aparecido.

“Nos encontramos en el cuarto 377”. Aseguró el desconocido. “El mismo cuarto en sí mismo representa lo que se conoce como el Sector Último”.

“Una terraza…” Murmuró Ludwig contrariado. “Me dieron refugio en una terraza”.

“No se entristezca, sepa que esto ha ocurrido debido a la pandemia que se está desarrollando en la ciudad”. El desconocido señaló hacia la lejana urbe en el horizonte que desde aquella altura recortaba un trozo del cielo con su color negro. El sol desaparecía en aquel mismo punto, en una explosión eterna y rojiza que hirió la vista de Ludwig, no sin antes contemplar aquel maravilloso cuadro apocalíptico de la naturaleza. “Nuevas personas llegarán y se encontrarán con su problema, pero realmente no les importará. Debería imitarlos”.

“Yo no soy como ellos”. Dijo Ludwig seguro de sus convicciones y prioridades.

“Ya lo sé. Nadie es como es. Supongo que también puede echarme la culpa por eso”.

“Entonces… este es mi cuarto” Ludwig se acomodó sobre el piso frío del cemento cuan largo era, al menos podría descansar de todo ese tour infernal que había hecho y no tener que ver a esos monstruos despreciables que recientemente había conocido.

Al ver a su amigo en el suelo y resignado, Johnny se escandalizó y se acercó al desconocido.
“Yo soy quien debe conducirlos hasta su cuarto, ¿cómo te atreves a interferir?”
“Me atrevo por misterio”.
“Eso no es excusa para gente como nosotros. Lo sabés bien”.
“No tengas la altanería de compararte conmigo”.
“No eres mucho más que yo”.
“Definitivamente tu siempre has sido *más* que yo”. Respondió burlonamente el desconocido señalando la panza de Johnny.
“Usted es un irrespetuoso. Eso es discriminación. Lo voy a denunciar al INADI”.
“Hágalo, si encuentra una manera de comunicarse con el mundo exterior”.
Johnny meditó sobre su barbilla un momento y respondió.
“Bueno, no hay manera de comunicarse, pero vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo?” El desconocido se mostró de acuerdo con Johnny con un movimiento de su cabeza. Johnny siguió mirando a su compañero, quien aún desde el suelo seguía la conversación de ambos sin el más mínimo respeto por la privacidad. Johnny le soltó un puntapié en el ojo para que los dejase solos por un rato, pero Ludwig no comprendió, sino que se revolcó de dolor por el impacto.
“Perdón”. Murmuró Johnny. Luego regresó sus ojos al desconocido. “No podemos dejarlo aquí”.
“No tenemos otro lugar”.
“Si llueve no sería útil todo el esfuerzo que hemos hecho”.
“Consíguele una frazada para que se tape, estará bien”.
“Creí que tu eras el que concedía”.
“Yo concedo a los que se conceden”.
“¿Sabe que este joven ha superado el preparado que están inyectando abajo?”

“No, pero lo supuse. Después de todo ya debería estar muerto”.
“Entonces puede darle un poco más de consideración, ¿no cree?”
“Quizás, pero no deja de ser una rata de laboratorio por eso”.
“Es cierto, pero podría ser el comienzo que tanto estamos esperando”.
“Podría ser… Y también podría no ser…”
“Al menos dale una camilla, creo que se lo ha ganado”.
“De acuerdo, pero eso tendrá que contar como milagro del día”.

Cerraron este acuerdo estrechando sus manos. Como si el edificio fuese una criatura orgánica, el CC comenzó a sacudirse y Ludwig se puso de pie. Incrédulo vio cómo una de las paredes crecía por su propia cuenta, se extendía como el ala de un ave, para luego cerrarse sobre sí misma y crear una suerte de techo. El temblor se detuvo y Ludwig se acercó a contemplar el remodelamiento arquitectónico.

Bastante precario, se dijo Ludwig una vez en su interior, pero un fluido que segregaban las paredes le hizo saber que pronto esta precariedad sería reemplazada por una firme corteza, como ocurre con una herida que se coagula por la sangre seca a su alrededor.

Faltaba la camilla. Eso sí. Pero supuso que eso ya no era lo más importante. Al menos tenía un techo para mantenerse alejado del resto de los habitantes del CC. Desde luego que no los extrañaría.

Volvió a recostarse sobre la superficie, pero esta vez no pudo ver el cielo. Se lamentó por su nueva habitación. Debió haber dejado las cosas como estaban. Quizás siempre habían estado bien. Su mayor problema desde siempre había sido Johnny Treshechos, pero no fue sino entonces que lo descubrió.

La mujer que él había confundido con una enfermera tenía razón. Debería pagárselo de algún modo más adelante.

El viento se colaba por una grieta en la nueva pared, un viento frío que si bien no lo molestó no pudo evitar que le produzca un escalofrío. Ludwig se acostó contra la pared, para evitar de esta manera la corriente de aire. A pesar del frío y duro cemento bajo su cuerpo no se sentía incómodo, estaba exhausto. Otro escalofrío lo recorrió, y supo de inmediato que no podría enfrentarlos a menos que esté cubierto con alguna manta.

Sí, una manta… pensó para sus adentros. Y una camilla… agregó lacónico.

En ese momento Johnny Treshechos entró en su habitación, sin permiso.

“Ha ocurrido un milagro”. Dijo Johnny, alegre. “Te he conseguido una camilla”.

“¡Oh, qué bueno!” La alegría de Ludwig era genuina.

“Te ayudaré a traerla. Está en el sexto piso”.

Johnny desapareció escaleras abajo, con la fingida agilidad de un mono. Ludwig lo siguió con la mirada primero y luego con su cuerpo. No volvería a dejarse arrastrar por él.